

El papa Pío XII

José ORLANDIS

1. *Mis recuerdos de Pío XII*

La imagen del Papa Pío XII, tal como aparece ante mis ojos cuando han transcurrido cerca de cuarenta años desde su fallecimiento, es inseparable del recuerdo que guardo de las dos ocasiones en que tuve la fortuna de ser recibido en audiencia y pude hablar con él personalmente. Así es, en efecto, porque la imagen de este Pontífice, contemplado de lejos, tal vez no se corresponda del todo con la realidad. Puede revestir incluso los rasgos de un personaje de porte majestático y gesto solemne, que permanecería lejano y distante del nivel común de los simples fieles. Pío XII, visto de cerca, se me desveló en cambio —cuando le conocí a mis veinticuatro años y sin que se hubiera cumplido todavía el primer cuatrienio de su pontificado— tal como realmente era: un hombre de Dios y un gran sacerdote, dotado de una humanidad riquísima.

La primera audiencia especial en la que Pío XII nos recibió a Salvador Canals y a mí, en nuestra calidad de jóvenes universitarios venidos a Roma para trabajar en las grandes bibliotecas de la Ciudad Eterna, tuvo lugar el 15 de enero de 1943¹. «Estar junto al Papa —escribí después—, poder escucharle y hablarle a viva voz era... para cualquier católico una experiencia insólita e inolvidable»; y advertía a continuación: «El aspecto “sacral”, un poco distante, que parecía advertirse en Pío XII a través de la fotografías, quedaba muy atenuado

1. Salvador Canals y Navarrete era entonces un joven jurista, discípulo del prof. Joaquín Garrigues, que investigaba en Roma bajo la dirección del Prof. Asquini, Ordinario de Derecho Comercial de la Universidad de la «Sapienza», el contrato de representación cinematográfica, que fue el tema de su tesis doctoral. Miembro del Opus Dei, como yo, fue ordenado sacerdote en 1948 y nombrado Auditor del Tribunal de la Sacra Romana Rota por el papa Juan XXIII. Falleció en Roma el 24 de mayo de 1975.

en el trato personal por su bondadosa y amable cordialidad». Y concluía así el recuerdo de aquel primer encuentro: «Guardo todavía la impresión que nos produjo aquel Pontífice de apariencia hierática e imponente, y que para nosotros fue sencillamente paternal»².

La segunda audiencia con Pío XII —en compañía también de Salvador Canals— tuvo lugar el 6 de agosto de 1945. Habían transcurrido dos años y medio desde la anterior, y ahora la II Guerra Mundial, terminada en Europa, también en Asia tocaba a su fin. Por aquellos días esperábamos que se abriera la posibilidad de regresar a España, tras tanto tiempo de forzosa incomunicación; pero también en aquellas fechas el ambiente internacional se hallaba preñado de los más negros presagios acerca de la suerte que le esperaba a nuestro país. Una violenta campaña de prensa exigía la desaparición del Régimen franquista, que era presentado como un último y anacrónico residuo de los regímenes de corte fascista, derrotados militarmente y raídos de la faz de la tierra. Las noticias que publicaban los periódicos no podían ser más inquietantes: se daba como inminente la adopción de drásticas sanciones, sin excluir la intervención armada. Y esas amenazas —en la circunstancia histórica de 1945, no muy lejano todavía el final de la Guerra española— auguraban la posibilidad de una violenta convulsión revolucionaria e incluso el estallido de una nueva guerra civil. Esta era la razón de la profunda inquietud con que nos recibió Pío XII en aquella mañana de verano de 1945: «¡Qué situación la de España! ¡Es un momento muy delicado!», fueron sus primeras palabras. Y siguió desahogando confiadamente su preocupación: «¡Después de todo lo que ha sufrido España! ¡Tantos obispos y sacerdotes, tantos cristianos muertos!». Un papa apesadumbrado, lleno de ansiedad por el destino de nuestro país, esa era una nueva imagen, también humanísima, de Pío XII, la que guardo de la última audiencia tenida con él. «Salvador y yo —escribí— escuchábamos en respetuoso silencio esta confidencia en la que el Papa nos hacía partícipes de su congoja»³.

Mas, ¿quién era Eugenio Pacelli, que el 2 de marzo de 1939 fue elegido Papa y tomó el nombre de Pío XII?: el mismo que habían llevado otros dos Pontífices del siglo XX, San Pío X y su propio predecesor, Pío XI, a quién había servido fielmente durante diez años, en calidad de Cardenal Secretario de Estado. Eugenio Pacelli había nacido en Roma el 2 de marzo de 1876 y estaba llamado a ser el primer papa natural de la Urbe desde hacía casi trescientos años, cuando lo fuera Emilio Altieri, que se llamó Clemente XII (1670-1676). La im-

2. J. ORLANDIS, *Memorias de Roma en guerra* (Madrid 1992) pp. 58-59.

3. *Ibid.*, p. 114.

El papa Pío XII

pronta de la romanidad y de la tradicional vinculación de su familia a la Santa Sede constituye uno de los rasgos que contribuyeron sin duda a configurar su personalidad. El otro fue la huella que dejó en él su prolongada permanencia en Alemania, entre los años 1917 y 1929, primero como Nuncio en Munich y luego en Berlín. El entorno próximo que rodeó a Pío XII durante el pontificado fue sobre todo germánico, desde las monjas que dirigidas por sor Pascualina tenían a su cargo las labores domésticas hasta el confesor papal, el jesuita P. Agustín Bea, sin olvidar el grupo íntimo de colaboradores personales, integrado por los también jesuitas alemanes Padres Leiber, Hürth y Gundlach.

2. Pío XII y la II Guerra Mundial

El pontificado de Pío XII discurrió durante los seis primeros años en medio de un mundo en guerra. Fueron inútiles todos los esfuerzos desplegados por el Papa para evitar el conflicto al que conducía fatalmente la decidida voluntad de varios de los futuros beligerantes. Cayó en el vacío la propuesta papal de una conferencia de los cinco países mas directamente implicados en el conflicto, con el fin de buscar una solución pacífica. Se desoyó el llamamiento urgente del 24 de agosto de 1939 y fueron inútiles los últimos esfuerzos, prolongados hasta la misma víspera del comienzo de las hostilidades y que se resumían en aquel llamamiento, casi sin esperanza de respuesta: «¡Nada está perdido con la paz; todo puede perderse con la guerra!». En la primavera de 1940, Pío XII fracasó también en su intento de mantener a Italia al margen de la contienda⁴.

Mientras duró la guerra, la Santa Sede, como era lógico, observó una actitud de estricta neutralidad. Pío XII mantuvo esa postura hasta extremos que afectaban a la propia vida interna de la Iglesia, como era el nombramiento de nuevos cardenales. Ninguno fue creado durante los seis años del conflicto, con el fin de evitar cualquier apariencia de parcialidad en favor o en contra de una u otra de las partes, pese a que con el paso del tiempo fue reduciéndose sensiblemente el número de miembros del Colegio cardenalicio. Tras la muerte de Pío XII se alzaron voces reprochando lo que esos censores llamaban los «silencios del Papa». Se trata de una crítica manifiestamente injusta. Pío XII alzó una y otra vez su voz, siempre en favor de la paz, e hizo cuanto estaba en su mano: sin espectáculo, que habría sido contraproducente, pero con eficacia promovió una ingente obra humanitaria y caritativa, dirigida a paliar, en la medida de lo posi-

4. La historia de la Iglesia y del Pontificado durante la II Guerra Mundial ha sido expuesta magistralmente por J. CHELINI en su obra *L'Eglise sous Pie XII*, vol. I, *La Tourmente, 1939-1945* (Paris 1983). Vid. también D. VENERUSO, *Pio XII e la Seconda Guerra Mondiale* (Roma 1969).

ble, las calamidades y sufrimientos que padecían entonces muchos millones de ciudadanos inocentes de Europa.

Doce volúmenes de documentos, editados entre los años 1965 y 1981, recogen de modo exhaustivo el inmenso esfuerzo desplegado por Pío XII y la Santa Sede durante la II Guerra Mundial⁵. Más daño que provecho hubieran podido producir anatemas y excomuniones públicas en personajes como Hitler y Stalin, enzarzados en una guerra total e igualmente insensibles a la autoridad moral de la Sede Romana. La acción callada, sin inútiles declaraciones retóricas, pudo ser la más útil y prudente; máxime si se tiene en cuenta que sólo después de terminada la guerra pudo conocerse la entera verdad de los campos nazis de la muerte, y cuando los otros beligerantes cometían también acciones tan crueles como el exterminio de la oficialidad del Ejército polaco por los rusos en Katyn o los bombardeos aéreos de ciudades como Hamburgo o Dresde, en las que murieron centenares de miles de civiles alemanes.

3. «*Defensor Civitatis*»

La acción de Pío XII fue particularmente sensible allí donde, por razón de las circunstancias, pudo llevarse a efecto de modo más inmediato. Esto vale especialmente para Roma «ciudad abierta» y totalmente indefensa, tras el derrumbamiento del Estado italiano, y sometida a la ocupación militar alemana entre septiembre de 1943 y junio de 1944. El Papa, Obispo de la Urbe, hizo otra vez las veces de *Defensor Civitatis*, como hiciera su antecesor León I, en la época terminal del Imperio Romano de Occidente. Bajo la sombra del pontífice buscaron refugio miles de romanos acampados bajo la Columnata de Bernini, en los días más aciagos de los bombardeos aliados; o la ingente muchedumbre que llenó la Plaza de San Pedro el 12 de marzo de 1944, quinto aniversario de la inauguración del pontificado de Pío XII, para recibir su bendición y escuchar palabras de aliento, mientras podía oírse el rumor cercano de la guerra, el fragor de la artillería proveniente de un frente de batalla que pasaba por las alturas de los vecinos Montes Albanos.

La Santa Sede desplegó durante la II Guerra Mundial, en tierras del corazón de Europa, una actividad que consiguió salvar a muchos miles de judíos perseguidos por los nazis. La protección del Papa resultó particularmente valiosa para los miembros de la Comunidad judía de Roma. Cuando las autoridades ale-

5. *Actes et documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre mondiale*, preparados por P. BLET, R. GRAHAM, A. MARTINI y B. SCHNEIDER (Città del Vaticano 1965-1981).

manas de ocupación exigieron a esa Comunidad la entrega en un plazo perentorio de una cuantiosa contribución de guerra, Pío XII ordenó que las arcas del Estado Vaticano se abrieran de inmediato para facilitar a los hebreos cuanto les fuera preciso. Y antes y después, mientras Roma permaneció en poder de las tropas del IIIer Reich, los edificios de la Santa Sede que gozaban del derecho de extraterritorialidad, las Universidades o Ateneos pontificios y un sinnúmero de establecimientos religiosos dieron acogida a un elevado número de judíos romanos. Tal vez no haya mejor argumento para responder a las críticas contra Pío XII, hechas por algún escritor de la postguerra y magnificadas por un coro de voces parciales o sectarias, que recordar tan solo un hecho, pero éste bien significativo: el que fuera Gran Rabino de Roma durante la guerra, Israel Zolli, al llegar la paz y cuando su decisión había de depararle mucho más perjuicio que provecho, se convirtió al Catolicismo y al ser bautizado quiso tomar, en signo de gratitud al Papa Pacelli el nombre cristiano de Eugenio.

4. *La Iglesia en el mundo de la postguerra*

El final de la Guerra no trajo la paz: trajo la división de Europa y la «guerra fría»; y, para muchos millones de cristianos de la mitad oriental del Continente, entregada a la Unión Soviética, el final de la lucha armada significó el comienzo de medio siglo de persecución. Esta fue la situación de la Iglesia y del mundo que Pío XII hubo de afrontar en la segunda parte de su pontificado⁶.

Y así fue como países de vieja raigambre católica, como Polonia y Hungría, Checoslovaquia, Lituania, y buena parte de Yugoslavia —o con importantes minorías católicas como Rumanía y Alemania del Este— vieron pronto a muchos de sus obispos impedidos, en prisión o deportados, y la Iglesia Católica Uniata de Moravia fue integrada por la fuerza en la Ortodoxia rusa. El Oriente católico europeo perdió la libertad religiosa y quedó prácticamente segregado de Roma, con los Nuncios expulsados y rotas las relaciones diplomáticas. Y como remate de este desolador panorama, en 1949 la victoria maoísta en China hizo descender un nuevo telón —«telón de bambú»— sobre las florecientes cristiandades de buena parte de las tierras del Asia oriental.

La Iglesia católica en tiempo de Pío XII hubo pues de sufrir, en los países donde se instauraron gobiernos comunistas, la más extensa, planificada e implacable persecución registrada en muchos siglos. El Comunismo apareció como un

6. J. CHELINI, *L'Eglise sous Pie XII*, vol. II. *L'après guerre, 1945-1958* (Paris 1989) pp. 442-455. FLICHE-MARTIN, *Historia de la Iglesia*, vol. XXVII, 1, por J.E. SCHENK (Valencia 1983) pp. 411-470.

enemigo formidable del Cristianismo, y esa fue la razón de la actitud adoptada por el Papa, que lo consideró como «la mayor de las herejías», y amenazó con la excomunión a los católicos que le dieran su apoyo. No debe olvidarse la situación que se vivía por entonces en Italia, donde en las elecciones de 1948 pareció ponerse en juego la propia permanencia del país en el espacio político del mundo libre.

La consecuencia de tal estado de cosas fue que la Iglesia Católica, durante un período de tiempo, presentara en apariencia un cierto matiz «occidental». El equilibrio se restauraría al cabo de varias décadas, tras la elección de Juan Pablo II y la posterior caída de los regímenes comunistas del Este europeo. Pío XII alentó la participación de los católicos en la vida pública de las democracias de Europa y América y la creación de partidos políticos de inspiración cristiana. Mas ello no significó una «canonización» de la democracia como única forma de gobierno grata a la Iglesia. Los concordatos con Portugal y con España —dos países occidentales por aquel entonces con regímenes autoritarios— dieron prueba de que la Santa Sede no pretendía inmiscuirse en el terreno concreto de la política interna de los Estados. Fueran éstos o no confesionalmente católicos, el respeto a los grandes principios de la ética cristiana y la libertad de la Iglesia eran, a juicio de la Santa Sede, los únicos requisitos necesarios para unas relaciones de amistosa convivencia.

El resurgimiento de la idea de Europa y la política dirigida a promover la unidad europea occidental fue sin duda una de las más afortunadas novedades de la época siguiente a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. El anterior período de entreguerras —los años veinte y treinta del siglo XX— había presenciado una virulenta erupción de fiebre nacionalista. Las tremendas experiencias vividas luego por los pueblos del Viejo Continente favorecieron en cambio una saludable inclinación hacia el entendimiento y la unidad entre países que, por dos veces en este siglo, se habían enfrentado militarmente. Pío XII vio con particular complacencia este movimiento hacia la unidad europea que —conviene recordarlo— tuvo como principales artífices a tres grandes estadistas católicos: el alemán Konrad Adenauer, el francés Robert Schuman y el italiano Alcide de Gasperi, los verdaderos «padres de la nueva Europa».

5. La acción de gobierno de Pío XII

La Iglesia Católica en tiempo de Pío XII, allí donde gozaba de libertad, ofrecía a los ojos del espectador un impresionante aspecto de solidez y coherencia. Considerada incluso con una óptica puramente humana, daba la sensación de un organismo lleno de vida y que gozaba de excelente salud. La autoridad del

El papa Pío XII

Papa era unánimemente respetada, el clero secular y regular era disciplinado como un ejército en orden de batalla, las monjas eran legión, los fieles, obedientes y entusiastas. Las estadísticas eran, en general, favorables y registraban un proceso de gradual crecimiento. Es cierto que tras aquella admirable fachada se advertían algunos síntomas inquietantes y podían enmascarse realidades menos positivas, que se harían patentes en un futuro no demasiado lejano. Pero la impresión que recibía el observador ajeno era deslumbrante. En la década de los cincuenta, la popular revista americana «Life» tuvo la ocurrencia de establecer un «ranking» de las grandes empresas mundiales, atendiendo a un criterio de «eficiencia». El número uno lo ocupaba la «General Motors»; el segundo puesto, inmediatamente después, fue asignado a la Iglesia Católica.

Pío XII fue un Pontífice reinante y gobernante. Tenía una larga experiencia diplomática y un conocimiento excepcional de los problemas del mundo contemporáneo, adquirido durante su prolongada permanencia en Alemania, y luego en diez años de ejercicio del cargo de Secretario de Estado. Conviene tener en cuenta estas circunstancias personales para enjuiciar su decisión, tomada tras la muerte en el verano de 1944 del Secretario de Estado, cardenal Maglione, de no cubrir la vacante y llevar él, de modo inmediato, la gestión de los negocios públicos de la Iglesia, con la ayuda de dos Secretarios, Mons. Domingo Tardini, de Asuntos Extraordinarios y Mons. Juan Bautista Montini, sustituto y Secretario de Asuntos Ordinarios. Nadie podía conocer mejor que el propio Papa los problemas políticos del mundo de la postguerra, y el Pontífice tomó sobre sí la abrumadora tarea de dirigir personalmente el supremo gobierno eclesiástico.

6. Un pontífice innovador

No es posible, dentro de los límites de esta breve semblanza, exponer por menudo la obra de gobierno de Pío XII; pero es ineludible recordar cuando menos algunos aspectos de particular relevancia, que al cabo de los años tal vez no sean tan conocidos y valorados como se merecen. Un primer hecho que importa destacar es la gran novedad que representó el decisivo paso dado por él en el camino hacia la internacionalización del Sacro Colegio. Desde el final del Cisma de Occidente —esto es, desde hacía medio milenio— el Colegio Cardenalicio contó siempre con una mayoría de miembros italianos, y esta situación se mantenía a mediados del presente siglo. Pío XII aprovechó la coyuntura excepcional que representaba el gran número de vacantes existentes al final de la II Guerra Mundial —treinta y dos en un Colegio entonces de setenta miembros— para hacer un nombramiento de cardenales que ha de considerarse como

absolutamente revolucionario: en diciembre de 1945, creó treinta y dos cardenales, de los cuales sólo cuatro fueron italianos, mientras que veintiocho eran de otros países. Un Papa romano de nacimiento puso así término al secular predominio mayoritario de los italianos en el Sacro colegio y de este modo, ensanchando la base de la suprema institución colegial, subrayó la nota de «catolicidad» de la Santa Iglesia.

La línea innovadora de Pío XII se tradujo también en una serie de modificaciones litúrgicas, inspiradas por el afán pastoral de facilitar la práctica de la vida cristiana, en unas circunstancias que iban transformándose velozmente, como consecuencia de la evolución de las costumbres y modos de existencia que se estaba operando en la sociedad moderna. La reducción del tiempo de ayuno que había de observarse antes de recibir la Eucaristía —que hasta entonces se iniciaba a partir de la medianoche, y prohibía no solo tomar alimento, sino beber incluso un sorbo de agua— habría de facilitar la Comunión frecuente. La posibilidad de cumplir el precepto dominical en la Misa de la tarde del sábado, era una innovación destinada a una sociedad cada vez más «motorizada», en la cual muchas familias disponían ya de automóvil y acostumbraban pasar en el campo los domingos y días festivos. La nueva disposición de la Liturgia de Semana Santa trataba de acomodar con mayor fidelidad los oficios y ceremonias a la cronología y el horario real de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

7. La aprobación pontificia del Opus Dei

Un acto de gobierno de Pío XII, que revistió particular trascendencia fue, sin lugar a dudas, la aprobación del Opus Dei. El Papa le otorgó el «decreto de alabanza», o primera aprobación pontificia, el 24 de febrero de 1947, erigiéndolo en instituto secular, una forma jurídica de reciente creación en el Derecho de la Iglesia y que, aún siendo inapropiada, era en aquel momento la que menos inconvenientes presentaba para la Obra. El Opus Dei recibió la aprobación pontificia e inició así una nueva etapa en el largo camino jurídico que había de culminar muchos años después, con la erección en Prelatura personal por el Santo Padre Juan Pablo II. El 16 de junio de 1950, Pío XII concedió al Opus Dei la aprobación definitiva, que permitía la admisión de personas casadas y la adscripción de sacerdotes diocesanos a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz⁷.

7. Para seguir con detalle estas sucesivas aprobaciones, véase A. DE FUENMAYOR, V. GÓMEZ IGLESIAS Y J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma* (Pamplona 1989); pp. 145-192: «El Opus Dei. Instituto Secular», pp. 235-296: «La aprobación pontificia de 1950».

Vale la pena, a mi juicio, poner de relieve la gran confianza demostrada por Pío XII en el Opus Dei, que tanta novedad suponía, desde muchos puntos de vista, para la vida cristiana en la Iglesia y en el mundo. Un ejemplo puede servir para ilustrar esta afirmación: cuando se recuerdan las grandes reservas con que miraba entonces la Santa Sede los primeros intentos de apertura ecuménica, adquiere mayor relieve el hecho de que el Pontífice, acogiendo las reiteradas e insistentes demandas del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei, autorizase que entre los cooperadores —hombres y mujeres que, sin ser miembros de la Obra, prestan ayuda con su oración, su trabajo o sus limosnas— hubiese no sólo católicos sino también cristianos de otras confesiones, personas de otras religiones, e incluso no creyentes. Los cooperadores acatólicos del Opus Dei constituyeron un acto de santa audacia del Fundador, pero también una prueba de excepcional confianza por parte de Pío XII.

8. *El Magisterio papal*

La definición del dogma de la Asunción de María a los Cielos fue sin duda el principal acto de la potestad de Magisterio realizado por Pío XII. Los Papas que desde 1870 ocuparon la Sede de San Pedro —esto es, desde la definición del dogma de la Infallibilidad pontificia hecha por Pío IX en el Concilio Vaticano I— han hecho uso de esta prerrogativa con grandísima parsimonia, desmintiendo con la fuerza de los hechos las críticas y aprensiones de ciertos «antinfabilistas» de entonces. En el siglo largo transcurrido desde aquella definición, sólo una vez el Vicario de Cristo ha recurrido a esta forma solemne de su Magisterio extraordinario: fue Pío XII que, tras haber consultado con todos los obispos del Orbe católico, el 1 de noviembre de 1950 definió el dogma de la Asunción.

Pío XII, el 20 de octubre de 1939, publicó su «encíclica inaugural» la *Summi Pontificatus*. Mas antes de que terminara la II Guerra Mundial, en el año 1943, aparecieron otras dos encíclicas que trataron temas tan importantes como la teología de la Iglesia y las directrices a seguir por los escrituristas en la exégesis bíblica. La *Mystici Corporis* presenta una eclesiología de fuerte inspiración paulina, en la que los elementos institucionales de la estructura eclesiástica se articulaban según la doctrina de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. El 30 de septiembre de 1943 está fechada la encíclica *Divino Afflante Spiritu*, que significó un poderoso estímulo para el trabajo de los exegetas católicos. La encíclica daba unas normas que necesariamente habían de producir un notable avance en los estudios bíblicos. Se recordaba en ella que la Iglesia tan solo declara con autoridad el sentido de unos pocos textos, mientras deja la gran mayoría a la libre in-

investigación y discusión de los estudiosos. A estos especialistas el Papa les animaba a recurrir a la exégesis de los libros sagrados en su lengua original, hebreo, griego, arameo, etc... Y hacía hincapié en la importancia que tiene el conocimiento del contexto histórico y cultural del hagiógrafo para poder captar del modo más adecuado posible el sentido de las expresiones en el lenguaje de su tiempo, los «géneros literarios» que en cada caso utiliza.

9. La encíclica «*Humani generis*»

Ha sido frecuente entre los historiadores del pontificado de Pío XII poner de relieve el diverso talento que parece haber inspirado las encíclicas *Divino Afflante Spiritu* y *Humani Generis*. Refleja la primera una actitud de confianza del papa hacia los estudiosos de la Sagrada Escritura, que eran animados a avanzar, con ayuda de todos los recursos que les ofrecía el progreso científico, por el camino que podía conducir a un mejor conocimiento y una más fiel interpretación de la Biblia. La *Humani Generis*, publicada siete años más tarde (12-VIII-1950), declara en cambio tener como uno de sus objetivos llamar la atención «acerca de ciertas falsas opiniones que amenazan arruinar los fundamentos de la doctrina católica». Un nuevo clima de temor y suspicacia resulta fácil de advertir. ¿Cual podía ser la razón de estos recelos del papa? La respuesta es fácil de adivinar: la aparición de nuevas corrientes teológicas y de fenómenos pastorales que ponían en tela de juicio aspectos importantes de la doctrina y la disciplina eclesiástica. Estas innovaciones que inspiraban serios recelos provenían sobre todo de Francia: se trataba de la deslumbrante eclosión de la llamada «Nueva Teología» y la experiencia de los «sacerdotes obreros», dos realidades que aún siendo bien distintas una de otra, no dejaban de tener algo en común, en concreto ciertas conexiones personales que contribuyeron a alimentar aquel clima de temor.

Dejando de lado las especulaciones cosmogénicas del paleontólogo jesuita Teilhard de Chardin, que por aquellos años alcanzaron amplia resonancia, dos escuelas teológicas se afirmaron en Francia a partir del final de la II Guerra Mundial: la de los dominicos de Le Saulchoir, entre cuyas figuras más notables se contaron los PP. Chénu, Congar y Dubarle, y la de los jesuitas de Lyon-Fourvière, en la que destacaban los PP. de Lubac y Daniélou, que en 1942 habían creado la magnífica colección de Patrística «Sources Chrétiennes»⁸. La inclinación hacia el dato positivo contenido en las fuentes frente a la especulación filosófica, el frecuente recurso a los Padres griegos y la atención prestada al entorno

8. J.L. ILLANES-J.I. SARANYANA, *Historia de la Teología* (Madrid, 1995) pp. 328-334 y 362-363.

histórico fueron algunos rasgos comunes de los nuevos teólogos, que encontraron lógica oposición en los defensores del Tomismo clásico, habituados a presentar en un contexto cristalizado, prácticamente inmóvil y extratemporal, la figura y la obra de Sto. Tomás de Aquino. Si a lo dicho se añaden las inquietudes ecumenistas de algunos de esos teólogos —denunciadas en la encíclica como «un falso y peligroso irenismo»— resulta comprensible que la Santa Sede considerase la «Nueva Teología» como una arriesgada innovación, e incluso como un posible rebrote del viejo «Modernismo» condenado por la Iglesia en tiempo del papa San Pío X.

La *Humani Generis* puso en guardia a los teólogos y les ofreció orientaciones de cara al trabajo futuro. Defendió de una parte la capacidad de la razón para conocer la verdad y de otra el valor de las fórmulas dogmáticas, a la vez que demandaba respeto hacia la terminología consagrada por la tradición teológica. La encíclica no fulminó ninguna condena. Hubo, sí, algunas sanciones disciplinarias impuestas por los superiores religiosos a varios miembros de sus respectivas Ordenes; pero, en notable contraste con la reacción de Lamennais en el siglo XIX y de los «modernistas» de comienzos del XX, los «nuevos teólogos» acataron las decisiones romanas y no se produjo ninguna desertión de la Iglesia. Más aún, esos teólogos, tras matizar o precisar lo que procedía, tuvieron luego un papel importante en el Concilio Vaticano II, y varios de ellos —Daniélou, Congar, de Lubac— recibirían al cabo de los años la púrpura cardenalicia⁹.

Un desenlace menos feliz tuvo la experiencia de los «sacerdotes obreros», que alcanzaba su apogeo en Francia cuando se publicó la encíclica *Humani Generis*. Es justo reconocer la generosidad personal y la preocupación apostólica que animaron a los protagonistas de esta aventura, por la cual unos sacerdotes, viviendo y trabajando igual que sus compañeros de profesión, trataban de servir de instrumentos para la penetración del Evangelio y la Iglesia entre el proletariado industrial, que permanecía muy apartado de ella. Los «curas obreros» se vieron rodeados de una popularidad —que no habría de resultar positiva— a raíz, sobre todo, de la publicación de un libro que fue todo un éxito editorial, y que llevaba el atrevido título de «Los santos van al infierno»¹⁰.

La Santa Sede observó con creciente desconfianza la odisea de los «curas obreros», cuyo género de vida era difícilmente compatible con la propia identidad sacerdotal. Muchos de esos curas, sufrieron además la influencia de las ideologías marxistas, participaron en la lucha social, incluso como activistas sindicales. Una prueba *a posteriori* de que los temores romanos no estaban des-

9. J. CHELINI, *L'Eglise sous Pie XII*, II, pp. 79-113.

10. G. CESBRON, *Les saints vont en enfer* (Paris 1952).

provistos de fundamento fue el hecho penoso de que, cuando la autoridad eclesiástica dispuso que los «curas obreros» dejaran su trabajo antes del 1 de marzo de 1954, la mayoría de ellos —habían sido en total alrededor de un centenar— no acataron el mandato y optaron por abandonar el sacerdocio¹¹.

10. *La descolonización y el Magisterio ordinario*

La década de los 50, que comprende los últimos años del pontificado de Pío XII, coincidió con el período histórico de la descolonización, que afectó a varios Continentes, y de modo especial a Africa y Asia. El Papa hizo hincapié en el derecho de los pueblos a la independencia y a ese tema dedicó varios Radiomensajes de Navidad. Más aún, como el nuevo fenómeno afectaba de modo directo a la acción misional de la Iglesia, Pío XII publicó dos encíclicas acerca de él, la *Evangelii praecones*, en 1951 y la *Fidei Donum*, en 1957. Las encíclicas promovían resueltamente la constitución de jerarquías eclesiásticas autóctonas, a la vez que pedían al mundo católico la prosecución del esfuerzo misionero, con el fin de afianzar aquellas jóvenes Iglesias y defenderlas de los riesgos que podían amenazarlas, como las rivalidades étnicas, el materialismo, el Comunismo y la expansión islámica. En América latina, el Pontífice promovió la cooperación entre los episcopados continentales, cuya primera expresión de importancia fue la Asamblea de Río de Janeiro de 1955.

La actividad magisterial de Pío XII alcanzó particular relieve, una vez terminada la II Guerra Mundial, bajo la forma de discursos, alocuciones o radiomensajes dirigidos a toda suerte de personas, y en los que el Pontífice expuso la doctrina católica sobre muy diversas cuestiones y problemas de actualidad. El Papa Pacelli, extraordinario políglota que dominaba media docena de lenguas, gustaba dirigirse en su propio idioma a los oyentes de distintas nacionalidades que acudían a sus audiencias, para entrar así en más directa comunicación con el auditorio. Fue grande su interés por intensificar el diálogo entre la fe y la ciencia, y un foro apropiado para ello fue la Pontificia Academia de las Ciencias, que no interrumpió sus actividades ni siquiera en tiempo de guerra. En enero de 1943 yo mismo pude asistir a la solemne sesión, celebrada en presencia del Papa y del entonces Presidente de la Academia, P. Agostino Gemelli, que tuvo por escenario la «Palazzina» de Pío IV, en el recinto de la Ciudad del Vaticano. Pero fueron seguramente los temas en torno a la familia y el ejercicio de la profesión

11. E. POULAT, *Une Eglise ébranlée. Changement et continuité de Pie XII a Jean Paul II* (Paris, 1980), pp. 119-200; G. CHOLVY-Y. M. HILAIRE, *Histoire Religieuse de la France Contemporaine, III (1930-1988)* (Toulouse, 1988) pp. 221-234.

El papa Pío XII

aquellos que mayor lugar ocuparían en los veinte volúmenes donde se recoge este ininterrumpido fluir del Magisterio de Pío XII¹².

«Toda profesión querida por Dios encierra una misión: la de realizar en el campo de esa misma profesión los pensamientos y designios del Creador»: así se expresaba el Pontífice en una de sus alocuciones. Todo un código deontológico válido para las más diversas profesiones, puede componerse sobre la base de la doctrina expuesta día tras día por Pío XII. La familia —como ya se dijo— y los deberes de los católicos en la vida pública de sus respectivos países fueron otros de los temas tratados más a menudo por el papa en sus audiencias habituales.

Pío XII falleció en Castelgandolfo el 9 de octubre de 1958, tras diez y nueve años y medio de pontificado. «Un gran Papa», así lo calificó I. Giordani en el título mismo de la biografía dedicada a él, que es, seguramente, la mejor de cuantas se han escrito¹³. Es bien merecido el apelativo; pero cabría añadir que podría también extenderse a otros insignes Pontífices que llevaron ese mismo nombre: Pío VII y Pío IX, en el siglo XIX, San Pío X y Pío XI en el siglo XX. En estos tiempos tantas veces críticos de la historia de la Iglesia y del mundo, parece como si la Providencia divina hubiera velado con singular cuidado por la persona que en cada momento tuvo que ser el Vicario de Cristo y el Pastor de la Iglesia Universal.

José Orlandis
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona

12. *Discorsi e Radiomessaggi di Sua Santità Pio XII*, 20 vols. (Cittá del Vaticano 1959-1960).

13. I. GIORDANI, *Pio XII, un grande papa* (Torino 1961).